



Rocío Oviedo Pérez de Tudela

Las cartas de relación y el renacer literario

Antes de entrar directamente en el tema central, considero necesario hacer una serie de observaciones. En primer lugar, hay que recordar que la «revolución» del Renacimiento comenzó a pensarse como revolución literaria¹; tal y como afirma Ferguson² los humanistas tuvieron cierta conciencia de llevar a cabo una renovación, pero se limitan a tomar como término de comparación la literatura clásica y las bellas artes, con objeto de no imitar a sus predecesores «bárbaros». Toma de conciencia que, autores como Garin, sitúan en el siglo XIV. En este mismo aspecto, tanto Petrarca como Boccaccio veían en la poesía una especie de revelación ontológica, de manera que la referencia más adecuada la encontraban en los grandes poetas clásicos³. Por tanto, es en lo literario donde se comienza por ir develando el saber y el arte de la nueva cultura que tiene como centro la ontología del hombre. Por otra parte, si el Renacimiento, como ya hemos dicho, tomado en su expresión cultural, se inicia a través de una vía literaria, es lógico que los hombres que a él pertenecieron, sufran la influencia de este arte en forma y contenido. Estas aclaraciones precedentes, bien conocidas por todos, sirvan como justificación obligada al tema que presento a continuación: las bases renacentistas que podemos encontrar en Hernán Cortés, desde el punto de vista de estilo y contenido. Durante el Renacimiento lo literario va a servir como instrumento de análisis tanto del derecho como de la historia. Por ello no es de extrañar que Cortés adopte para su narración una forma intermedia entre lo

literario y lo informativo: la carta. Este subgénero literario, procedente de la epístola clásica, con fundamento en el arte de escribir y en lo filosófico, cobra singular relevancia durante el Renacimiento por diversos motivos: en primer lugar, el ya reiterado clasicismo; en segundo lugar, el valor que se concede a la experiencia personal, como narración en primera persona; en tercer lugar, la ocasión de manifestar la conciencia no ya de una comunidad, sino de un solo individuo, lo que supone una plasmación del individualismo; en cuarto lugar, el acercamiento al lector, que, en este caso, es un tú concreto, pero también, como ya diré en otro momento, un número indefinido; en quinto lugar, la libertad expresiva que adopta la carta, como manifestación de lo personal no literario. Por último, esta forma permitía la adaptación a los nuevos tiempos en cuanto que junto al clasicismo facilitaba lo nuevo e individual o, dicho de otra manera, la imitación no servil, pues, como dice Karl Kohut, el principio de la «Imitatio debía ser seguido de la búsqueda de la originalidad»⁴. Además, la carta servía a multitud de fines: «informes de noticias, manifiestos o mensajes políticos, tratados cortos sobre temas eruditos, filosóficos u otras materias doctas, todo se vertía en forma de cartas»⁵. El humanista era básicamente un hombre entrenado en escribir, no podemos olvidar que una de las carreras más corrientes y lucrativas era precisamente la de secretario o canciller, quien, de modo oculto, permitía mantener el prestigio cultural de su señor. Pero, además, la extensa producción epistolar del Renacimiento responde a un fenómeno social: la exaltación de la personalidad.

Cortés, posiblemente, se atuvo a los recursos indicados al elegir la forma epistolar, pero, además, la carta se adapta a su propósito de atraerse el favor del rey y del público, dado que, si bien permitía un trato respetuoso no por ello impedía la cercanía del amigo. Por otra parte, posibilita la narración de un estado de conciencia del autor, y esto, unido al plano cronológico que sigue la relación, se aproxima al tipo narrativo del «diario», incluso tal y como podemos entenderlo hoy día en cuanto a manifestación de pensamiento personal.

Dentro de la forma externa que estoy analizando, hay que tener en cuenta, también, la importancia que el Renacimiento otorga a la oratoria (hasta el punto que, en algún momento, la historia se llega a enseñar como parte de ésta y, a fines del XVI, y junto a la literatura, forma el corpus de la retórica). Cortés utiliza el discurso en distintos lugares de sus cartas, posiblemente con objeto de convencer; dictado por él mismo⁶ o bien cediendo la palabra a otros. En este recurso encontramos dos fines de tipo estético: por un lado, cambiar el ritmo de la narración, por otro, acentuar los efectos de la dramatización. Todos ellos están situados en momentos significativos, dando relevancia a los hechos que se narran a continuación, como es el caso del discurso de Moctezuma al recibir a los españoles⁷.

Estos discursos, aparte de su evidente auge en la época, son una actualización del pasado reciente, al igual que otro recurso utilizado, principalmente en la tercera carta de relación: el cambio súbito de tiempo verbal, y cito palabras de Cortés: «y conociéndolo, saltan a tierra y ganan el albarrada y puente, y comenzamos a pasar a la otra parte»⁸. Dicha variación temporal coincide con la descripción rápida de la acción y se

produce, asimismo, como resultado de un intento de acercamiento a los hechos. Por otra parte, consigue con la idea de movimiento una evidente plasticidad.

Los distintos recursos de actualización utilizados por Cortés son un intento de mostrar con mayor fidelidad no sólo sus trabajos, sino toda una sociedad desconocida para el lector, de ahí su continua reiteración, casi pedagógica, a fin de dejar claramente plasmadas acciones e intenciones, de manera que sean fácilmente comprensibles. A ello va a colaborar el estilo de Cortés, partícipe a su vez de lo característico renacentista: equilibrio en las partes de la narración (sólo desbordado cuando trata de justificarse), sencillez (Cortés utiliza un léxico que me atrevería a llamar técnico, ajustado a lo que quiere decir, con escasa o nula adjetivación) y el orden sistemático en lo narrado, que en las Cartas de Relación se centra en lo cronológico, si bien hay vueltas al pasado utilizadas como explicación de acciones y hechos del presente: tal es el caso de la decisiva llegada de Pánfilo de Narváez. Estos «regresos» no afectan a la estructura cronológica de la obra, sino que colaboran a ella; es más, se advierte en Cortés un claro esfuerzo por plasmar en el momento adecuado estos hechos, incluso con cierto efectismo (puesto que hasta ese preciso momento no habla de ello).

Repetidamente se ha señalado en Cortés la cita de frases y expresiones latinas, si bien conocidas y de uso normal, y en su mayor parte de origen religioso, en un intento de ofrecer con ello cierto aire de clasicismo y erudición⁹; sin embargo, quizás no se ha insistido suficientemente en el significado que conlleva, la importancia que en el Renacimiento se otorga al cristianismo primitivo como manifestación del «cristianismo auténtico, el de los orígenes»¹⁰. Vuelta que, asimismo, producirá una aproximación a la patristica «por su cercanía a la literatura clásica»¹¹.

En relación con este aspecto hay que destacar la preferencia de Cortés por la pureza de la religión, incluso cierto acercamiento, en este sentido, al primitivismo, dada la crítica que efectúa respecto al clero y la alabanza de los sacerdotes indígenas: «porque habiendo obispos y otros prelados no dejarían de seguir la costumbre que [...] hoy tienen, en disponer de los bienes de la iglesia, que es gastarlos en pompas y otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes, y aun sería otro mal que, como los naturales destas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias y estos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera desto se le sentía a alguno, era punido con pena de muerte. E si agora vieran las cosas de la iglesia [...] sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla»¹². Es, pues, en este momento cuando Cortés adopta otra de las temáticas renacentistas: la crítica a la iglesia y, veladamente, la defensa del cristianismo original, o lo que es lo mismo, de la pureza de la religión. No sin razón es típico del Renacimiento español la moralidad, hasta el punto de condenar la literatura de simple entretenimiento (lo que algún tiempo más tarde manifestará Luis Vives).

Otra de las principales preocupaciones renacentistas fue la precisión de los términos jurídicos, con toda una revisión legislativa basada en este momento en la gramática y la retórica para el buen uso de la palabra. Según Garin, se le exigía al legislador «no sólo una gran pericia

lingüística, anticuaria e histórica, sino también una amplia y sólida cultura literaria»¹³. En diversos estudios ya ha sido reseñada la precisión legislativa de Cortés, cuya base, después de la cita anterior, podemos cifrar en el estudio literario, pero en este aspecto me interesa destacar otro hecho: durante el Renacimiento el hombre es consciente de que la ley depende de la voluntad y conciencia de aquellos que la dictan. Por tanto, la fuerza del derecho no está tanto en la ley cuanto en la probidad y equidad de los jueces. Opinión de la que vemos participar a Cortés cuando señala que ha obtenido la amistad de los indígenas y que espera siga siendo así, «porque de tan buen principio no se puede esperar mal fin, sino por culpa de los que tenemos el cargo»¹⁴. Pero además, Cortés, como ya señalara Luis Vives (*De Disciplinis*), opina que la ley es variable según la época y el lugar: «hay necesidad que a nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos, y si en algunos de los que he dicho o de aquí adelante dijere a vuestra majestad le pareciere que contradigo alguno de los pasados, crea vuestra excelencia que nuevo caso me hace dar nuevo parecer»¹⁵, puesto que la justicia en cuanto a igualdad es variable según el lugar y la época. Desde este punto de vista, Cortés adopta otro de los temas más controvertidos en la época.

Por tanto, vemos que en *Las cartas de relación* están presente los grandes contenidos del Renacimiento. Por supuesto, no aparecerá la temática amorosa, pero sí tendrá un primer lugar la naturaleza, descrita en general con un excelente grafismo y escasos calificativos. Podemos centrarnos principalmente en la quinta carta, dado el carácter básicamente expedicionario de ésta. Podría parecer que la naturaleza «agresiva» que impide el paso de Cortés habría de ser vista por éste como una fuerza negativa, pero no es así, se extasía ante la belleza de lo natural no contaminado, ya sea una montaña llena de riscos, ya sea un río caudaloso o la abundante vegetación de la selva. Así lo vemos en la siguiente cita: «habiendo andado seis leguas de tierra llana comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa más maravillosa de ver y pasar; pues querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar»¹⁶. Aún más, en estas palabras de Cortés, así como en tantos otros lugares de sus cartas, podemos observar otro rasgo claramente renacentista: la satisfacción en el vencer a la naturaleza, como logro supremo del hombre, que nos llevaría en sus últimas consecuencias a las formas adoptadas por las novelas de caballería.

Desde el aspecto puramente literario, interesa destacar otro de los rasgos ya anteriormente señalados por los críticos: cierto fino humorismo, no exento de comprensión, que encontramos en algunos pasajes anecdóticos. Pero lo que no se ha indicado es que el humorismo o la ironía se encuentra no tanto en el hecho en sí como en la forma de relatarlo, y por esto mismo es un hecho literario. Este «humorismo» sirve como distensión en la narración del episodio de Chichimecatecle (*Tercera Carta*), al describir el carácter valiente e ingenuo de este personaje a través de sus acciones. Por el contrario, el humor sirve a la astucia, cuando narra que los indígenas, después de la traición de Guatimocín, creen que la supo «por alguna arte; y así piensan que ninguna se me puede esconder; porque como han visto que para acertar el camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja [...] que para que conozca sus buenas intenciones que

me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí vería cómo ellos me tenían buena voluntad»¹⁷. En ambos casos podríamos decir que aparece la sonrisa comprensiva e indulgente ante la ingenuidad indígena. Otros muchos rasgos renacentistas podrían señalarse en la obra de Hernán Cortés; unos ya han sido señalados y otros se apartan del objeto generalizador de este estudio, motivo por el cual lo analizaré en otro trabajo. Por último, querría indicar que no todo es avance y progreso en la obra de Cortés; frente a otros autores renacentistas adolece de cierta falta de adjetivación, y a veces están excesivamente recortadas sus reseñas sobre el paisaje, si bien conseguirá con ello un grafismo y plasticidad impensable con tan escaso número de recursos. El léxico a menudo es farragoso, y en otras ocasiones se percibe un ligero cansancio en lo narrado. Por otra parte, podemos ver un excesivo atenerse a frases que ya había utilizado anteriormente, lo que, en lo reiterativo, nos indicaría características medievales.

Se ha señalado cierto medievalismo en Cortés por su perseverancia en la Providencia, pero en mi opinión no hay tal medievalismo. Cortés no se apoya ni en los «hados» ni en la fortuna, más bien parece simplemente la voz de la experiencia después del sufrimiento, puesto que frente a la superstición adopta una clara actitud: «aunque todos los de mi compañía decían que me tornase, porque era mala señal, todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre Natura»¹⁸. Podría quizás afirmar que si Cortés es fatalista es un fatalista a lo divino, pero, además, de signo positivo, puesto que es siempre Dios quien permite que siga adelante su camino, y quien se encarga de sacarle adelante en la dificultad, lo que podemos ver cuando señala: «Quiso Nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele socorrer»¹⁹. Frases similares podemos encontrar a lo largo de toda la obra, pero lo que en un principio aparece como simple reiteración expresiva, falta de contenido, se irá acentuando con el tiempo hasta llegar a ser prácticamente absoluta en la quinta Carta de Relación, al señalar que para adoptar una difícil solución: «... torné de nuevo a encomendarlo a Dios y hacer procesiones y decir misas...»²⁰. Por tanto, no es éste un hecho original, desde el principio, sino como afirmaba anteriormente, producto de una experiencia.

Cortés, como hemos visto, es un hombre que marca, por su modo de escribir y por su pensamiento, los inicios de la renovación renacentista. Como tal, participará en algún momento de lo tradicional, pero, al fin y al cabo, hombre de aventura, se sentirá más acorde con las nuevas tendencias de su tiempo, intuitivamente y al menos desde el punto de vista de su «ideal», afirmará de palabra y de hecho la corriente del Renacimiento.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

